

# Retorta

## El techo

Arlett Cancino Vázquez

*El encierro atrofia. Nos obliga a adoptar un comportamiento uniformado, que nos hace ser apacibles, pero ¿qué sucede con nuestra verdadera personalidad? Se queda ahí, contenida, esperando el momento de salir a la luz, aunque sea en un ataque de nervios.<sup>1</sup>*

**H**abía comenzando un nuevo libro, era invierno y el frío seco y hondo la llevó a instalarse en el sillón viejo de la sala. Se acurrucó bajo una manta y comenzó a leer: «Siempre me gustaron las historias de desdoblamientos, esas en donde a una persona le surge un alien del estómago...». Cortó. Cerró el libro. Un ruido la distrajo y miró por la ventana. Perros callejeros. Lo intentó de nuevo. «...O le crece un hermano siamés a sus espaldas». Nada. Suspiró y levantó la vista.

Entonces lo vio. Una parte del techo se había desprendido, dejando un enorme hueco en el blanco cielo raso. Una profunda oscuridad inundaba ese agujero, ella trató de encontrar los cables de la luz, el unícel térmico, pero solo vio la negrura. No quiso preocuparse; después de todo, no era tan malo. Fingiría que el techo estaba como antes y ya. Se instaló de nuevo en el sillón, abrazó una pierna con la otra debajo de la manta y continuó: «Sabía que dentro de mí también vivía una cosa sin forma imaginable que jugaba cuando yo jugaba...» Pero no pudo concentrarse, sentía que la mancha negra del techo la observaba.

Por eso mejor se encerró en su cuarto. El cielo gris invernal mantenía su habitación en penumbra. No quiso encender la luz, para qué si había dejado el libro en el comedor; sin nada más que hacer, se enredó en las cobijas de la cama destendida y durmió. Al despertar, el hastío de la soledad se le había instalado en la boca como aliento pútrido. Recordó, al abrir la puerta de la recámara y ver de nuevo el techo, la negrura y la ausencia. Suspiró y toda la casa se impregnó de la soledad apestosa que le salía por la boca como un vaho acedo: la pesadumbre del abandono, del hueco en el techo y la separación. La certeza de que no había nadie más con ella y esa falta se convirtió en un peso.

Sintió hambre y preparó una tostada con mermelada y un café con leche sin azúcar; mientras masticaba no podía dejar de levantar los ojos hacia ese hueco, ahí instalado como un signo.

<sup>1</sup> El epígrafe y las citas provienen de: Guadalupe Nettel, *El huésped*, Anagrama, Barcelona, 2020.

Pronto esa negrura también se instaló en los televisores apagados, en la oscuridad del horno y de las tazas, en sus fosas nasales y en las ventanas durante la noche; bajo la cama, en el clóset abierto a oscuras y en las coladeras desde donde sentía escapar a un *Pennywise* mucho más amigable que sus obsesiones. La tostada tronaba entre sus muelas y raspaba también la negra cavidad de su garganta, mientras ella mantenía la mirada fija en ese hoyo oscuro.

Sabía que la solución era sencilla, llamar a un albañil para que resanara el techo y listo. Pero eso implicaba varias imposibilidades. La primera era encontrar su celular; lo escondió a propósito y a propósito también olvidó el escondite, con ello trataba de evitar que la soledad se hiciera más palpable al ver su correo vacío, su WhatsApp sin mensajes nuevos y su cuenta de Facebook bloqueada.

Además, si el trabajador venía, ella tendría que volver a sus viejas costumbres: negar su soltería alegando que su marido llegaba tarde o que trabajaba fuera para así no exponerse a coqueteos, alburas o, en el peor de los casos, asaltos. ¡No!, mandar arreglar el techo no era una opción porque, junto con todas esas agravantes, no deseaba pensar en las bagatelas domésticas que en un tiempo le interesaron tanto como para mantener a flote su «hogar». Ahora prefería hundirse en su propia comiseración, recordarse ella misma sus pérdidas y concentrarse en el tufillo del encierro en solitario.

Con tal de no escuchar sus pensamientos, se distrajo zapeando canales en la televisión y canciones estruendosas. Luego decidió sacar *su* ropa, *sus* CD's y *sus* libros de Stephen King; en un momento pensó en llenar el hueco con todos esos objetos, pero no quiso alimentar sus paredes con cosas ajenas. Así que el agujero continuó latente, vivo. Esta situación le trajo de nuevo la ansiedad y la angustia, anudadas y pugnando por reventar su esternón; comenzó otra vez a comerse las uñas, tentando la cutícula a su alrededor, rasgándola, para finalmente arrancar los pellejos con los dientes hasta sangrar. En un intento por dejarse en paz, retomó el libro: «Es difícil resistir a la cosa en momentos así. Se sirve de mis manos, de mi voz, de mi oído para alcanzar lo que quiere...»

Levantó la vista. La cosa. Ese agujero en el techo que iba agarrando forma entre más lo miraba, del que ya venían leves murmullos, posibles rasguños de alimañas entre el escombros. Entonces quiso asomarse. Buscó una linterna y el *Raid*, acercó una silla justo debajo del hoyo y se subió a ella; iluminó la oscuridad, pero la noche se tragó la luz, un aire fuerte le sopló sobre el rostro y apagó la lámpara. Forcejeó con la linterna en su afán por encenderla de nuevo, un ruido la distrajo, un ruido que venía profundo desde allí; en su desesperación por volver a encender el aparato, la silla se tambaleó y cuando caía solo oyó una burla seca desde el fondo, mientras ella golpeaba contra el piso.

Tirada en el suelo vio que unas manos delgadas y grises se asomaban entre los bordes del hueco, los dedos sangrantes alrededor de las uñas le resultaban muy familiares. Siguió viendo fijamente con gran temor, quería cerrar los ojos para no afrontar aquello que estaba a punto de salir, pero era más intensa la necesidad de saber, la enorme necesidad de tener una respuesta sobre lo desconocido, de hallar la razón de su soledad. Llegada a ese punto creía que conocer al habitante del techo era la justificación, la explicación para el abandono de Iván.

Sin pestañear y con los ojos a punto de anegarse por la intensidad de su mirada, siguió a la expectativa por algunos segundos, sin embargo, las manos se retrajeron y aquello regresó de nuevo a lo profundo de la oscuridad. Sin apartar la mirada, logró arrastrarse hasta una silla del comedor. «Dentro de mí alguien lloraba con hipo como lloran los niños y también algunos adultos cuando están a solas y consiguen escupir pedazos atorados de su infancia»: leyó de reojo el libro abierto sobre la mesa. Ella también escupía, sus uñas y los recuerdos, los pedazos atorados de su vida junto a Iván. Ahora entendía cómo él había tolerado silenciosamente esa cosa escondida en el techo, supo que eso era la causa del hartazgo y del enojo, de las discusiones y de los besos sin amor. Sí, tenía que ser. Y ahora que él se había ido, aquello se divertía haciéndola sufrir desde el agujero.

Una determinación surgió de pronto entre su ansiedad, ese tipo de determinaciones absurdas a

la que se aferra un obsesivo con tal recuperar la rutina perdida. Eso que se asomó levemente era el motivo, se había mantenido detrás del techo todo este tiempo, observando con la satisfacción del voyerista las discusiones, los gritos y los orgasmos. Eso le atizaba sus ansiedades y temores; le recordaba la malquerencia de su vida: el abandono de su padre y su soledad cuando Iván no estaba; la instigaba a escribirle, a esperar sus respuestas cada cinco minutos, para luego verla histérica, reclamando la falta de atención paterna y que ella exigía de su pareja. Todo estaba claro. La cosa era la culpable. Llamaría a Iván para pedirle perdón, el martirio que pasaron no era culpa de ninguno de los dos, sino de eso que habitaba el techo. Él entendería y regresaría a su lado.

Sus divagaciones fueron interrumpidas por un quejido agudo y antediluviano que venía desde el fondo del hueco. Lamento ancestral de criatura herida. El nacimiento de un alma en la oscuridad del universo, cuya única resistencia son las lágrimas. La cosa sufría y ella quiso saber la causa: ¿por qué alguien o algo podría sufrir así, con tanto pesar? Le recordaba a ella misma en medio de su cama, durante las noches que pasaba yerma hecha un ovillo, abrazando sus rodillas y sin poder entender qué le sucedía.

El quejido, el llanto añejo que venía de la noche, se le clavó en el estómago, provocando una gigantesca náusea. La negrura completa se le vino por la garganta hasta la boca y comenzó a vomitarla. Un estruendo removió las paredes, el techo comenzó a agrietarse en los bordes del agujero y, empujada como su negro vómito, salió la cosa, arrojó aquello. La casa y ella expulsaron a esa criatura aterida que, temerosa y rápida, se arrastró hasta la esquina de la sala, ambas lo hicieron, una a cada orilla. Ella, por la náusea y el vómito, temblaba; la cosa, por la emergencia de su nacimiento pestilente, lo hacía de igual manera. Las dos se observaron tímida y defensivamente, se dieron cuenta de sus movimientos y temblores paralelos. Sus manos largas sobre el piso, sus dedos grises y sangrantes sobre el piso; las piernas flacas y el estómago flácido, todo ahí expuesto para reconocerse como lo mismo.

En algún punto la cosa le susurró ya sin miedo, pues ella fue la primera en comprender: «Por fin llegas», dijo, y a gatas fue acercándose cada vez más, arrastrando el chapopote espeso de su dimensión; la otra estaba yerta de miedo y sus pies resbalaban mientras su espalda chocaba con la esquina que se convirtió en su prisión. Aquello cada vez más cerca, tanto que pudo verse en la redondez de sus ojos transparentes, prominentes esferas donde cupo ella y todo su universo circundante; tan cerca que reconoció la pestilencia de su soledad en la pestilencia de la boca de la cosa e inhaló profundo todo el hedor hasta que se desvaneció en una comprensión irrefutable.